

to de perder la mas preciosa riqueza con que la dotó el cielo: la religion verdadera.

Oremos con fervor, invoquemos á Maria. Esta tiernísima Madre del pueblo mexicano, aplacará la ira del Señor, sacará á nuestra nacion del abismo de males en que se ha precipitado, nos dará largos años de paz y de felicidad, hará que unidos todos con los vínculos de una perfecta caridad, aborrezcamos para siempre toda desunion, toda discordia, y como hermanos trabajemos no solo en la prosperidad material de nuestro pais, sino principalmente en la observancia de la ley divina que es la base de de toda felicidad, que es lo que hace dichosos á los individuos, á las familias y á las naciones.

Purísima Virgen de Guadalupe, tierna Madre nuestra: ya que te dignas visitarnos, desear un templo para habitar con nosotros y escuchar nuestros ruegos y clamores en nuestras aficciones y trabajos; dignate, Madre nuestra, remediar los males que padecemos. Da una mirada compasiva á tu nacion escogida y predilecta: pon fin á nuestros padecimientos: bendicenos y alcanzaremos la fertilidad, abundancia, union; y en suma, felicidad sólida, para amarte y servirte inalterablemente en esta vida y merecer despues verte, alabarte y darte las gracias en el cielo.



CAPITULO IV.

PUNTO HISTORICO.

HABIENDOSE despedido el indio con profunda reverencia, cojió la calzada que se encamina á la ciudad, bajada la cuesta del cerro que mira al occidente. En ejecucion de lo prometido fué via recta Juan Diego á la ciudad de México que dista una legua de este parage y montecillo, y entró en el palacio del Sr. Obispo: era èste el ilustrísimo Sr. D. Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo [de México. Habiendo entrado el indio en el palacio del Sr. Obispo comenzó á rogar á los sirvientes que le avisasen para verle y hablar-

le; no le avisaron luego, ya porque era demañana, ó porque lo vieron pobre y humilde, obligaronle á esperar mucho tiempo hasta que conmovidos de su tolerancia, le dieron entrada. Llegado á la presencia de su Señoría, hincado de rodillas le dió su embajada diciendole: que le enviaba la Madre de Dios á quien habia visto y hablado aquella madrugada, y refirió cuanto habia visto y oido, segun lo que dejamos dicho. Oyó el Sr. Obispo con admiracion lo que afirmaba el indio, extrañando un caso tan prodigioso; no hizo caso del mensaje que llevó ni le dió entera fe y crédito, juzgando que fuese imaginacion del indio, ó sueño; ó temiendo que fuese ilusion del demonio, por ser los naturales recién convertidos á nuestra sagrada religion: y aunque le hizo muchas preguntas acerca de lo que habia referido y se halló constante; con todo, lo despidió diciendo que volviese de allí algunos dias porque queria inquirir el negocio á que habia ido, muy de raiz, y le oiria mas despacio por informarse (claro es) de la calidad del mensajero, y dar tiempo á la deliberacion. Salió el indio del palacio del Sr. Obispo, muy triste y desconsolado, tanto por haber entendido que no se le habia dado entera fe y crédito, cuanto por no haber surtido efecto la voluntad de María Santísima, de quien era mensajero.

REFLECCIONES:

... "ubi autem est humilitas," ibi et sapientia. Simplicitas justorum dirigit eos. Prov. c. xi, v. 23.

IMPORTANTES reflexiones surgen de la lectura de este punto histórico. La Santísima Virgen elige á Juan Diego para mensajero que anuncie al Illmo. Sr. Obispo el deseo que le anima de que le edifique un templo en aquel mismo lugar en que se dignó aparecer. Y ¿porque la Señora del universo, la Reina de los ángeles, la Madré de Dios, elige á un pobre indio para su mensajero? ¿No pudiera haber escogido un personaje distinguido, un Santo de la corte celestial ó un ángel de los muchos que le sirven y están prontos á obedecer sus órdenes? Es sin duda para darnos á entender cuan agradables le son las almas humildes y sencillas aunque sean plebeyas, y para que conozcamos que no se desdeña de visitar y favorecer á los pequeñuelos.

Muy recomendada es en las divinas letras la virtud de la humildad. "Donde se está la humildad," dice el sábio, (1) "allí se halla la sabiduría: la humildad precede á la

(1) Prov. cap. ii, v. 20.

gloria: (1) la gloria será para los humildes de espíritu, (2) cuanto mas grande eres debes humillarte mas en todo, y serás grato al Señor (3).

Nuestro Señor Jesucristo que vino á darnos lecciones de todas las virtudes, se empeñó en enseñarnos la humildad, humillándose desde su encarnacion hasta la muerte afrentosa que sufrió en la cruz, y nos dejó dicho: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (4). El que se enzalza será humillado y el que se humilla será enzalzado. (5) San Gregorio Nacianceno dice: El Hijo de Dios tomó por vuestro amor lo que vosotros desprecias tanto. Haced ver la humildad de vuestro corazón y conoceremos si sois virtuosos. Y San Agustín dice: (6) “Dios se hizo humilde para que el orgullo del género humano no se desdenara de [seguir sus pasos. Mirad, hermanos un gran milagro: Dios es superior á todo y si os levantaiis huye de vosotros. Si me preguntais cual es lo primero en la religion y doctrina de Jesucristo, responderé que lo primero es la humildad, lo segundo la humildad y lo tercero la humildad.”

La Santísima Virgen atribuye á la humildad la elevacion de aquellas almas que han sido el objeto del amor

(1) Ibi. cap. 15, v. 2.

(2) Ibi. cap. 29, v. 23.

(3) Ecel. cap. 3, v. 20.

(4) Mat. cap. 11, v. 29.

(5) Lu. cap. 14, v. 13.

(6) Citado por Martag. in. humil.

del Señor “exaltavit humiles,” y la misma Santísima Señora se humilló tanto cuanto no es capaz de humillarse ninguna otra pura criatura. Fué humilde en su nacimiento, en el que fué dotada del uso de la razon como asienta San Bernardino de Sena: fué humilde en el templo, humilde en el Egipto, humilde en Nazareth y humildísima acompañando á su Santísimo Hijo en sus profundas humillaciones.

La humildad, pues, ha sido recomendada en el antiguo y nuevo testamento, recomendada por los Santos Padres, practicada por la Reina de los Santos, y practicada, enseñada y recomendada por Nuestro Señor Jesucristo. Solo son grandes á los ojos de Dios los humildes, para ellos es la gracia, para ellos son las virtudes, las bendiciones del cielo y la perseverancia: ellos son el objeto del amor del Señor, y para ellos son especialmente las gracias y las ternuras de la dulcísima María.

No hay duda que la humildad es una virtud importantísima y que se puede practicar, y se debe, por todos; y por lo mismo es muy compatible con todos los estados, edades y condiciones; muy compatible con las grandezas y dignidades en que Dios coloca á algunos hombres ¿por qué, pues, no escogió la Santísima Virgen para su mensajero ó ministro de su voluntad, á un personage en que estuvieran unidas la grandeza y la humildad? para que vieramos que la humildad le basta y que ésto prefiere sobre todo. En Juan Diego no habia otra cosa que humildad, por lo demas era un pobrecito indio plebeyo y despreciable; pero era humilde, y esto es lo que ama y

quiere la dulcísima María. ¡Dulce y general consuelo! Aunque una persona sea pobre, plebeya, ignorante y despreciable bajo todos respectos; si se humilla será objeto de las atenciones, del amor y de los favores de la Santísima Virgen. Esto nos quiere decir la Santísima Señora, en la eleccion de Juan Diego para su Mensagero hacia el Illmo. Prelado.

Nos engañamos miserablemente cuando sin procurar ser humildes nos preciamos de devotos de la Santísima Virgen. No hay ni puede haber verdadera devocion si no se trabaja por adquirir la virtud de la humildad. Lo hijos deben parecerse à sus padres, y cuando se ve que un hijo de un padre bueno, no imita las virtudes de su padre, se dice que ha degenerado y que no merece ni aun el nombre de hijo de tal padre. De la misma manera debe decirse que aquellos falsos devotos que no procuran vencer la soberbia y humillarse, no son sino hijos degenerados é indignos del nombre de hijos de la humilísima María. El amor á la Santísima Virgen es un don del Señor, que no se da sino á los humildes, y para merecer ser llamados hijos verdaderos de María, es indispensable humillarse y con esa hermosa virtud presentarse al Señor pidiendo esa gracia que de buena gana y con prontitud concede su Magestad á los humildes. Santa Matilde leyendo un dia las palabras con que Nuestro Señor Jesucristo estando para morir habló á su Santísima Madre: “Muger, he ahí á tu hijo,” se sintió con vivos deseos de ser llamada hija de María y pidió á Dios con humildad le participara de la gracia concedida al discípulo amado, el purísimo y

humilísimo Juan, á quien se le dió especialmente el nombre de hijo de María, y se le entregó á esta Soberana Señora, con estas palabras: “Muger he ahí á tu hijo.” Aun no concluia su peticion Santa Matilde, cuando oyó claramente que Nuestro Señor Jesucristo la recomendaba á su Santísima Madre como al Evangelista. Llena de gozo la dichosísima Santa y llena de caridad, no se contentó con que esa gracia le fuese concedida á ella sola, sino que la pidió tambien para las almas que la desearan y pidieran con verdadera humildad y confianza. Nuestro amabilísimo Redentor se dignó decirle que prometia solemnemente favorecer á muchas almas otorgándoles el especialísimo favor de encomendarles como á San Juan á la piedad, misericordia y proteccion maternal de la Santísima Virgen.

La profunda humildad de Juan Diego lo hizo merecedor de ser llamado, no ya hijo sino “hijito” y el mensagero de la Reina de los ángeles, ante el Illmo. Prelado. Imitemos á Juan Diego en la humildad, y entonces mereceremos la incomparable dicha de ser dignos hijos de María.

Mas siendo tan interesante la humildad y siendo el medio para ser verdaderos hijos de la Santísima Virgen, lo que ciertamente es segun los Teólogos, un signo de predestinacion; conviene conocer en qué consiste esa preciosa virtud. Muchos tienen de la humildad una falsa idea, y llegan á confundirla con la bajeza, con la pusilanimidad y aun con la rusticidad é imbecilidad. La humildad dice Santa Teresa de Jesus, no está peleada con

la verdad, y nosotros agregamos que tampoco lo está con las altas dignidades, con las grandezas á que el Señor eleva á algunas personas, aun en lo temporal. Ha habido emperadores, reyes y otros muy grandes personajes, perfectamente humildes. Las dignidades de la Iglesia son muy grandes, muy elevadas, ya en la gerarquía de orden ya en la de gobierno; y en esas dignidades ha habido, hay y habrá personas humildísimas. Explicaremos brevemente esa interesante virtud.

La humildad es una virtud que se practica simultaneamente con el entendimiento y la voluntad; esto es, abraza dos hábitos, uno de cada una de esas potencias. El del entendimiento consiste en juzgar de nosotros mismos lo que en realidad somos; esto es, formados de polvo y de la nada, sujetos á las ilusiones, al error y á la ignorancia inclinados al mal, concebidos en pecado, débiles, flacos y miserables, sin tener por nosotros mismos sino la nada, la fragilidad y la culpa: y si reconocemos en nosotros algunas gracias naturales ó sobrenaturales, son puramente dones gratuitos del Señor, como decia San Pablo: "¿que tienes que no hayas recibido? y si nada tienes que no hayas recibido, ¿de que te glorias como si nada recibieres? (1). Conocida pues nuestra nada y nuestras deudas, pasemos á la voluntad, la que desde luego se resigna á sufrir sus miserias y á exclamar con el Apóstol: "no quiera Dios que yo me glorie en otra cosa sino en la cruz de mi Señor Jesucristo. De buena gana me glorío en mis enfer-

(1) P. Corint. eq. 4, v. 7.

medades (esto es, en mi nada) para que habite en mi la gracia de mi Señor Jesucristo. (2)

En conocer, pues, nuestra suma miseria y en conformar nuestra voluntad á ese conocimiento, consiste esencialmente la virtud de la humildad. El verdadero humilde reconoce las gracias y los dones que el Señor le concede, y se avergüenza de verse favorecido, considerándose indigno de toda gracia y de todo don, no desprecia á nadie, y se juzga digno de desprecio.

Nuestro Señor Jesucristo nos dió mil lecciones de humildad con la palabra y con el ejemplo, se humilló en la encarnacion, revistiéndose de nuestra humana naturaleza y haciéndose hijo de una criatura: se humilló en su nacimiento, queriendo nacer en un pesebre: se humilló en el Egipto, pasando el tiempo de su delicada infancia peregrinando y sufriendo los rigores de una extremada pobreza: se humilló en Nazareth, pasando veinte y tres años de una vida oscura, pobre y obediente: se humilló en su predicacion, sufriendo hambre, sed, cansancio, calumnias, desprecios y persecuciones: se humilló en su pasion dolorosa, queriendo ser azotado, coronado de espinas como rey de burlas, tratado de loco en los tribunales, cargando el instrumento de su muerte en la calle de la amargura en donde cayó repetidas veces a los piés de los hombres y de los caballos; y finalmente, quiso sufrir una muerte afrentosa entre dos ladrones, siendo reputado por criminal.

(1) II Corint. cap. 12, v. 9.

Toda esa série de profundas y no interrumpidas humillaciones tenían por objeto, á mas de redimirnos, enseñarnos á humildes, para así merecer los frutos de tan copiosa y superabundante redencion.

No contento nuestro divino maestro con constituirse nuestro modelo, quiso darnos otro en su purísima Madre, presentándonosla como la mas humilde entre todas las puras criaturas, y así quiso su Magestad que participara de sus humillaciones en toda susantísima vida, y especialmente en el Calvario.

¿Quereis saber cual fué la humildad de María? escuchad á San Alfonso Ligorio, (1) quien dice: “Era desconocida en el mundo esta hermosa y tan necesaria virtud; pero vino el mismo Hijo de Dios á la tierra para enseñarla con su ejemplo, y quiso que en ella especialmente procurásemos imitarle: “Aprended de mí que hoy manso y humilde de corazon.” (2) Y María así como fué la primera y mas perfecta discípula de Jesucristo en todas las virtudes, así lo fué tambien en la humildad, por lo cual mereció ser exaltada sobre todas las criaturas. Se le reveló á Santa Matilde, que la primera virtud en que singularmente se ejercitó la Bienaventurada Madre desde su niñez, fué la humildad.”

El primer acto de la humildad de corazon es merecerse así propio un bajo concepto; y Maria sintió siempre tan bajamente de si misma, como le fué revelado á la misma

(1) Glorias de María.

(2) Mat. 11, 29.

Santa Matilde, que aunque se veia enriquecida de gracia sobre los demas, jamas se prefirió ó persona alguna. Ruperto Abad, explicando aquel texto: “tu heriste mi corazon, oh hermana mia, esposa amada, con una trenza de tu cuello,” dice que el cabello del cuello ó trenza de la esposa fué el humilde concepto que Maria tuvo de si misma, con el cual hirió el corazon de Dios. No es decir que la Virgen Santísima se juzgase pecadora, porque la humildad no excluye la verdad, como dice Santa Tereza, y Maria no ignoraba que jamas habia afendido á Dios; ni dejaba de reconocerse deudora de gracias mayores que las recibidas por las demas criaturas, porque un corazon humilde bien reconoce los especiales favores del Señor, para humillarse; sino que la Santísima Madre, por la mayor luz que tenia para conocer la infinita grandeza y bondad de su Dios, conocia mejor su pequeñez, y por eso se humillaba mas que todas, y decia con la esposa sagrada: “no reparéis en que sea morena porque el sol ha rebajado mi color.” Decláralo San Bernardo: acercándose á él se ennegrece mi tez. Si, por que dice San Bernardino, la Santísima Virgen estaba considerando de continuo la nada de su sér y la grandeza de la divina Magestad. Al modo que una mendiga, vestida con un rico trage que le han dado, no se ensoberbese, sino que se humilla mas profundamente en presencia de su bienhechor, puesto que entonces recuerda con mas viveza su pobreza, así Maria cuanto mas enriquecida se veia, mas se humillaba, acordándose que todo era don de Dios. Por lo cual ella misma dijo á Santa Isabel Benedictina: ten por cierto, que me te-

nia por la muger mas vil é indigna de la gracia de Dios. Y por eso, dijo San Bernardino, no ha habido criatura mas exaltada en el mundo, porque no hubo criatura que se humillara tanto como Maria.”

La Santisima Virgen que vino á nuestro pais para hacernos felices, quiso que fuéramos merecedores de las gracias del Señor que ella misma nos traia; pero como no podemos recibir las gracias sino nos humillamos, quiso la Santisima Señora darnos prácticas lecciones de humildad, en su misma gloriosa aparicion; pues no obstante su grandeza de Señora del universo, de Reina de los ángeles, de Madre y esposa de todo un Dios, se dignó decender del elevado sólio de su gloria á visitar á una nacion que en esa época de la aparicion era la mas despreciable entre todas las naciones de la tierra, y quiso la humildisima Maria no elegir para su visita una de las brillantes ciudades del mundo, sino la humilde México, y no quiso para peana de sus piés una exelsa montaña, sino la pequeña colina del Tepeyac; ni escogió para tiempo de su visita la la estacion de la primavera coronanda de flores, ni la del Otoño cargado de sazoados frutos; sino la del invierno mas crudo, árido y triste; y lo que es mas admirable, no quiso dirigirse á un gran personage, á un profundo sábio, ó á un Santo de heroicas y asombrosas virtudes; sino á un pobre indio ignorante y despreciable; pero sí humilde, dandonos á entender la celestial Maria que se humilla porque la humildad es virtud que habita en las alturas y no se desdeña de decender hasta el polvo de la tierra para gloria de Dios y de los hombres. Quiere enseñar-

nos esa exelsa criatura, perfecta imitadora de nuestro supremo Maestro, que no podremos ser felices en el tiempo ni en la eternidad sino procuramos humillarnos. Ella se humilla; no obstante en grandeza: ella nos enseña á humillarnos para hacernos felices; no obstante que nuestra felicidad en nada es necesaria para la suya: ella busca á los humildes, habla á los humildes, acaricia á los humildes, favorece á los humildes y los honra con darles el tierno uombre de hijos.

Aprendamos pues, las sábias lecciones de nuestra tierna Madre. Humillémonos como el felicísimo Juan Diego; procuremos imitar á Ella misma que se humilla por nosotros, por lo que es muy justo que nosotros nos humillemos por Ella. Esta humillacion será una verdadera grandeza que traerá sobre todos y cada uno abundancia de bendiciones celestiales, nos hará agradables á Dios y merecedores de la incomparable dicha de ser llamados verdaderos hijos de la humildisima, excelsa y tiernisima Maria.

